

La Mendicidad: una Industria Productiva

Julio 28/57 M

Texto: de Carlos Chartrand

Fotos: de Paco Altuna

LA mendicidad en Cuba que se ha convertido en una industria muy productiva para muchos, está constituyendo una peste en La Habana.

Sabemos que las grandes poblaciones son siempre propicias a la mendicidad y que esa cuestión ha sido inquietud de los gobernantes buscando medios de aliviar su influencia.

El mendigo ha dejado de serlo, para servir de instrumento a organizaciones que ya han sido denunciadas a las autoridades en diversas ocasiones. La industria es próspera para sus operadores y la gran cantidad de limosneros la invade todo.

En las calles, sobre todo las más concurridas de la capital, esa plaga irrumpe de día y de noche, mostrando su miseria e implorando la caridad pública. No son pocos los mendigos que se presentan no haraposos, como es de suponer, sino llenos de llagas purulentas muchas veces, que ofrecen espectáculos poco edificantes para una población de primer orden.

Los establecimientos de servicio público también se llenan de esos limosneros que acosan a los clientes. Como la generosidad del humano siempre es amplia, se les da la limosnita y el industrial, casi siempre, obtiene la ganancia de lo que su personal adiestrado ha conseguido con la mendicidad...

Hasta en los teatros y espectáculos públicos de espar-

cimiento, el mendigo está presente implorando un centavito y exhibiendo una papeleta de empeño una receta médica, casi siempre crecida, o una notificación de desahucio, que reclaman el dinero ajeno para solventar el conflicto.

De las iglesias y templos religiosos de todo tipo, nada hay que decir. Por las mañanas, al mediodía y por las tardes, la plaga de pedigüenos es asombrosa. Unos se sientan a las puertas a pedir y los hay que se acomodan en los bancos interiores y mientras los feligreses oran, ellos, disimulada o impertinente mente, reclaman la limosna. Así es como la industria de la mendicidad se extiende más cada día y la sociedad sufre el impacto de su proliferación.

No creemos que exageramos si decimos que hasta en los clubes elegantes la mendicidad ha sentado raíces, porque hemos presenciado cómo los mendigos molestan a los que van a disfrutar de un rato de tranquilidad. Desde luego, no entran en el club, pero lo esperan a uno en la puerta, que para el caso es igual.

También hay que destacar que la industria de la mendicidad alquila niños recién nacidos, para que las mujeres imploren la caridad, y se da el caso, muy frecuente, de ver a muchachitas de escasamente 15 años que cargan en brazos a un niño y piden una limosnita para la leche

del bebé y cuando alguien le apunta que cómo es que tan jovencita sufren las miserias de la vida, contestan llanamente: ¡qué le vamos a hacer, son cosas del amor! y sonríen con descaro la farsa que representan.

Esto y mucho más ocurre con la mendicidad, pero como el comentario concreto nos parece suficiente para hablar de algo que la sociedad conoce sobradamente, creemos que citando por lo alto estos casos, hemos respondido al propósito que nos anima.

Ahora entraremos a considerar lo que pensamos que pueda ser solución o al menos alivio de esta importante cuestión social.

Hay numerosos centros oficiales que se dicen destinados a socorrer al menesteroso y en ellos el Estado invierte crecidas cantidades de dinero anualmente.

La inoperancia de muchos de ellos es manifiesta, desde el punto en que la mendicidad, en los últimos cuatro años, ha crecido en forma alarmante.

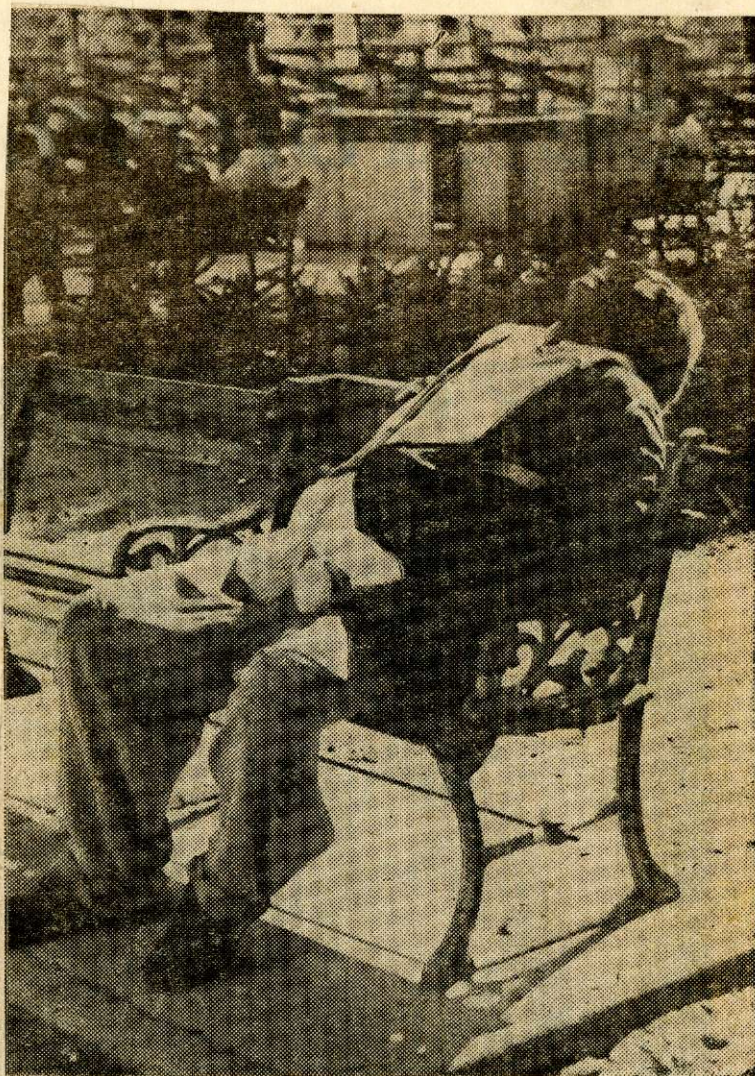
Es de obligación señalar que para muchos de esos centros, el Estado impone a los empleados y funcionarios públicos la contribución, por una vez en el año, de un día de salario, lo que supone la colecta de dinero suficiente para la mejor atención al menesteroso. Además, el Gobierno viene obligado al mantenimiento de esos centros con cantidades presupuestas y previamente estudiadas, lo que hace concebir que si hubiera una política social mejor dirigida, la mendicidad no sería el azote terrible que hoy significa.

Claro que la crítica a esa política no puede suponer el propósito de censura a los mencionados centros, que fueron creados para llenar una función social. Pero sí hay que destacar que los mendigos y los industriales que le agrupan, actúan con una licencia alarmante, que hace inoperante la finalidad de alivio a la mendicidad.

Las autoridades poco se preocupan de esta cuestión social. El pordiosero deambula por las calles y molesta a forasteros y residentes y de seguir así las cosas, será mejor estar en la casa que salir a pasear...

Hagamos algo práctico para que la mendicidad se reduzca, bien brindando fuentes de trabajo a mujeres y hombres o estableciendo campos del Estado donde se cultiven frutos menores y llevar a ellos a muchos mendigos que lo son lucrativamente, no por necesidad.



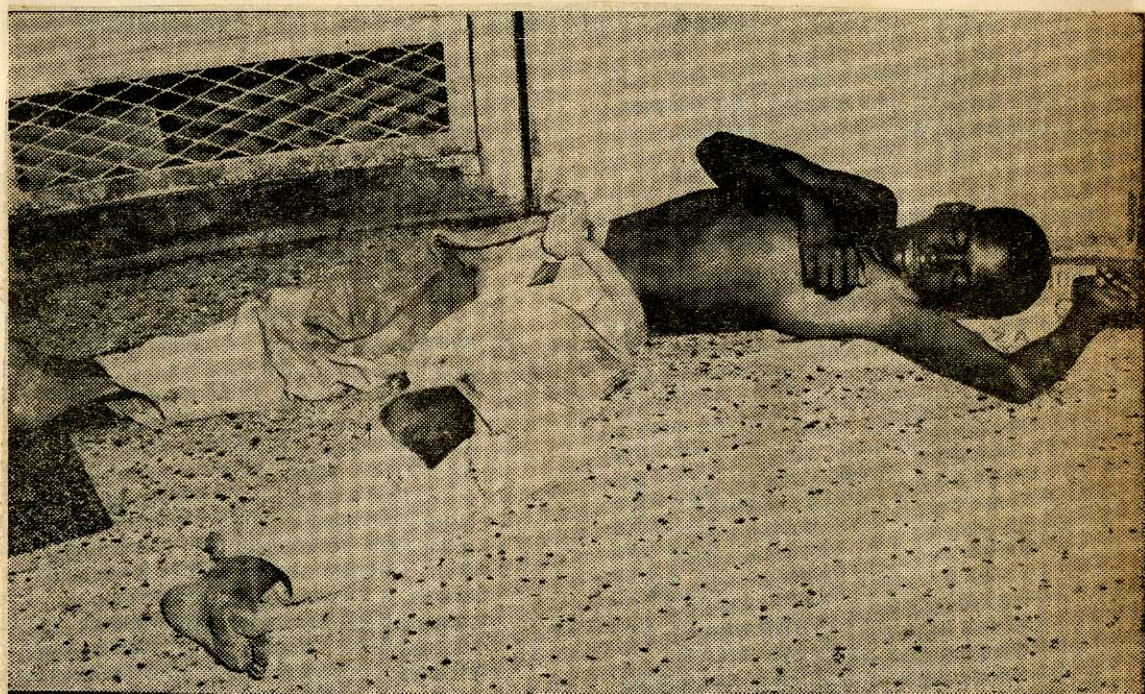


EN UN BANCO del Parque Central de La Habana, este hombre duerme tal vez vencido por el hambre.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



ESTE JOVENCITO, mostrando su miseria, duerme su tragedia en el suelo de un portal cualquiera, exhibiendo los harapos que viste.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



A LA PUERTA de una Iglesia, esta mujer implora la caridad pública, acaso sirviendo a un industrial de la mendicidad.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA